

LAS CARTAS DE LA VIDA. MANUEL LACUNZA, EL VIAJE Y EL  
EXILIO

*THE LETTERS OF A LIFE. MANUEL LACUNZA, A TRIP AND EXILE*

Claudio Rolle  
Pontificia Universidad Católica de Chile  
crolle@uc.cl

RESUMEN

La experiencia del exilio origina el único gran viaje en la vida de Manuel Lacunza. Sin embargo, por otros medios, por la escritura y el estudio de las Escrituras, se convertirá en un viajero de espacios fantásticos y de viajes imaginarios al Chile lejano.

PALABRAS CLAVE: Manuel Lacunza, milenarismo, cartas, exilio, viaje imaginario.

ABSTRACT

The experience of exile originates in a single and unique trip in Manuel Lacunza's life. However, through other means, such as writing and the study of scriptures, he turns into a traveler who goes to fantastic spaces and dreams of imaginary trips to a faraway Chile.

Key Words: *Manuel Lacunza, Millenarism, Letters, Exile, Imaginary voyage.*

*Recibido: 9 de septiembre de 2015*

*Aceptado: 14 de octubre de 2015*

1. Manuel Lacunza nació en Santiago de Chile en 1731 y murió en Ímola, Italia, en 1801. Célebre por su monumental obra *La Venida del Mesías en Gloria y Majestad*, en la cual presenta una interpretación milenarista de la historia fundada en una original interpretación de las escrituras, no fue un viajero frecuente. En rigor realizó solo un gran viaje en su vida cuando, junto a los demás jesuitas chilenos expulsados de los dominios de Carlos III, dejó Chile para desplazarse hasta Europa y llegar a Ímola en 1768. En la pequeña ciudad romana vivió el resto de sus días con solo breves desplazamientos no lejos de Ímola, como Roma o Venecia. No obstante lo anterior, la experiencia del viaje, y del particular tipo de viaje que es el exilio, que Lacunza vive merece atención. Por otra parte, en el destierro, alejado de Chile, realizará otro tipo de recorrido. Sus viajes se realizan en dimensiones que son diferentes a las de los que se desplazan entre ciudades o países reconocibles y nos entregan sus relatos y experiencias del “recorrer esa distancia” que hay entre lugares, de descubrir con fuerza la noción y potencia de la similitud y la diferencia, de conocer y reconocer en un proceso de apertura de miradas y sensaciones. Sus viajes son literarios y exegéticos, transitan por los espacios de la imaginación y por los territorios del conocimiento simbólico y erudito, por las regiones de saberes antiguos y tradiciones consolidadas y a veces crípticas. Este tipo de trayectos se hacen más evidentes en su obra teológica, de la cual no me ocuparé aquí, privilegiando en cambio las pocas fuentes que Lacunza produce en el ámbito privado.

2. En rigor Lacunza escribió solo una obra, *La Venida del Mesías en Gloria y Majestad*, que no llegó a ver publicada y en la que trabajó por varios años. En la elaboración del enorme manuscrito el jesuita santiaguino —o más bien el exjesuita, ya que en 1773 la Compañía de Jesús había sido suprimida por el papa Clemente XIV— invirtió muchas horas de estudio y oración, como recordarán quienes dan testimonio de su austera vida de exiliado en Ímola, buscando en la lectura de las Sagradas Escrituras una clave de comprensión de las desgracias vividas por los jesuitas y, de manera más general, por la cristiandad durante su tiempo, es decir, el siglo XVIII.

Nuestro autor asumió los riesgos que conllevaba ese tipo de ejercicio y se aventuró en un viaje intelectual por las regiones más intrincadas de la exégesis, de la interpretación de las profecías a la luz de su propia época, defendiendo la idea de una venida intermedia de Cristo triunfante a la tierra, es decir, la base de la doctrina milenarista. En este recorrido por las geografías del misterio, de la revelación, del dogma y la profecía, Lacunza puso en juego toda su capacidad de estudio, toda su dedicación intelectual y todo su tiempo tratando de encontrar sentido a los mensajes cifrados que las Escrituras guardaban. Su articulación del discurso tiene algo de urgente y al mismo tiempo un gesto paciente. Urgente en el llamado al sacerdocio a volver a la fidelidad a Cristo, paciente en cuanto entiende las profecías como mecanismos de relojería programadas para ser entendidas en un determinado momento y no antes.

De un mundo incierto, en medio de la confusión derivada de la persecución y el castigo, el jesuita Lacunza articuló una interpretación de la historia y propuso una nueva visión del futuro, según lo que veía y leía en lo que está escrito en los textos sagrados. Para ello también puso su imaginación en acción, para superar tiempo y espacio y así llegar a comprender lo que habría de ser el mundo venidero. Con su facultad de ver por imágenes, con su capacidad de evocar símbolos y señales como linternas para el futuro, Lacunza trató de explicarse y explicar a los demás el sentido de *la prueba* a la que él como jesuita y sus compañeros de orden se veían enfrentados e incluso, de un modo más amplio, a la que la cristiandad se veía sometida en esa hora final del siglo XVIII, cuando para algunos las revoluciones parecían un castigo divino para la impiedad del “siglo” y para él, en vez, podían representar una *señal*, en su convicción de que llegaba el milenio. El padre Manuel viajaba con su mente y su corazón, estudiando y rezando para superar las distancias de tiempo y espacio y conseguir, como el Dante, visitar el Paraíso<sup>1</sup>.

A esta enorme obra se añade un puñado de cartas, relativamente tardías considerando la fecha del inicio del exilio, a través de las que se comunica con su familia en Chile, luego de soportar, junto al resto de los jesuitas que viven la experiencia del destierro, la prohibición de sostener correspondencia con sus lugares de origen. Las cuatro cartas que se conservan, dirigidas por Manuel Lacunza a su familia, datan de 1779, 1788, 1791 y 1794, y en ellas se pueden encontrar, según indica Juan Luis Espejo, “sus hábitos, sus paseos a Roma y Venecia, las relaciones con algunos jesuitas expulsos y sobre todo el amor a la patria y a los deudos” que “se reflejan vivamente en las cartas” (212-219).

3. De hecho, una de sus cartas, de esas escasas cartas conservadas, nos presenta un conmovedor viaje imaginario de regreso a Chile desde el exilio italiano. En ella,

---

<sup>1</sup> Frederic Prokosch escribió, durante los años treinta del siglo XX, una extraordinaria novela de viajes titulada *Los asiáticos*, en la que narra el viaje de un joven desde Beirut hasta Hong Kong. La obra es notable no solo por su estructura narrativa sino también por entregar una descripción de diversos lugares del Asia, fundada no en la observación directa sino en la lectura de una gran cantidad de obras referidas a esos territorios, que Prokosch no conocía personalmente. Cincuenta años más tarde el autor de este singular viaje imaginario justificaba del siguiente modo la legitimidad de su procedimiento, que bien podría acercarlo a Lacunza: “Malraux escribió tres espléndidas novelas ambientadas en zonas del Asia oriental. Conrad escribió ocho novelas bellísimas situadas en el Lejano Oriente. Pero antes que ellos, Racine y Voltaire habían situado algunos de sus relatos en un Asia imaginaria, y su Asia rebosaba melodía intelectual. Shakespeare escribió acerca de Dinamarca, Mantua, Roma y las costas de Bohemia; Hölderlin escribió sobre Grecia y Coleridge sobre Xanadú. Hieronymus Bosch pintó los infiernos, y Fra Angélico el Paraíso, Dante escribió acerca de ambos lugares, así como acerca del espacio que se extiende entre ellos. Ciertamente, resulta innecesario haberlos visitado en persona, ¿no es así?” (11).

Lacunza es consciente de las posibilidades que la imaginación ofrece al que sufre en el presente y, al estilo de Henri Laborit, hace una especie de “elogio de la fuga”, canalizando esta fuga en el mencionado viaje (*Elogio*).

El padre jesuita, sarcástico, escribe, luego de dar algunos datos sobre la salud que ha tenido en los años anteriores, que “actualmente me siento tan robusto que me hallo capaz de hacer un viaje a Chile por el Cabo de Hornos” (“Carta”)<sup>2</sup>, es decir, por la ruta más ardua y peligrosa, y continúa ironizando al señalar “y pues nadie me lo impide ni me cuesta nada quiero hacerlo con toda mi comodidad”, subrayando la idea de que soñar no cuesta nada y que no existen cadenas para el pensamiento libre de culpa. En su viaje ideal se toma con calma las cosas y fantasea con las condiciones que rodean su regreso: “en cinco meses de un viaje felicísimo llego a Valparaíso y habiéndome hartado de pejerreyes y jaivas, de erizos y de locos, doy un galope a Santiago” (Carta, *Antología*, 47), deshaciendo el camino que tan tristemente hizo veintidós años antes. Son significativas las pintorescas referencias a los alimentos criollos, a aquellos platos y productos que no se conseguían o consumían en Italia y que en la distancia el exiliado ha idealizado, convirtiéndolos en una verdadera necesidad urgente, al punto de ser lo primero que hace al llegar a Chile.

El sueño, sin embargo, se irá convirtiendo paulatinamente en algo más amargo al filtrarse en él elementos de la realidad dura de la lejanía y del irrevocable paso del tiempo. En efecto, en uno de los pasajes más emotivos de la carta que Lacunza enviara a su abuela en el año de 1788, aparece la sombra de la muerte y de la ausencia de los seres queridos, que provocan una honda pena en quién sueña y escribe, y al hacer esto viaja por mundos imaginados. La carta dice que, luego del urgente galope a Santiago,

[...] hallo viva a mi venerable abuela, le beso la mano, la abrazo, lloro con ella, abrazo a todos los míos entre los cuales veo muchos y muchas que no conocía, busco entre tanta muchedumbre a mi madre y no la hallo, busco a Magdalena y no la hallo, busco a Diego, a Domingo, a Solacasas, a Varela, a mi compadre don Nicolás, a Azúa, a Pedrito y a mi ahijada Pilar, etc., y no los hallo (47).

El tono vívido y dramático que Lacunza logra en esa evocación de los que han nacido en su ausencia y de los que ya no encuentra se ve potenciado por el recorrido de los lugares domésticos que con su imaginación hace:

---

<sup>2</sup> Pedro Lastra cita esta carta en su artículo “Poesía y exilio” publicado en Lastra, Pedro. *Obras selectas*. Santiago: Andrés Bello, 2008. 259-260. La carta también es incluida en *Chile, cartas con historia*, compilado a cargo de Alexanrina Carey, Guadalupe Irrarrázaval y Magdalena Piñera. Santiago: Los Andes, 1998.

Entro en la cocina y registro toda la casa buscando a los criados y criadas antiguas y no hallo sino a la Paula y a la Mercedes: pregúntole a esta dónde está su señora y a la Paula dónde está su amo don Manuel Díaz, y dónde está mi mulato Pancho; y no me responde sino con sus lágrimas y yo las acompaño llorando a gritos sin ya poder contenerme más (*Antología*, 1960, 47).

Llorando a gritos. Así sueña también el jesuita alejado de su tierra y de los suyos por el rigor de la expulsión ordenada por el rey Carlos III y nunca debidamente explicada, y por la aún más dolorosa supresión establecida por el papa Clemente XIV.

Lacunza escribía a su anciana abuela y se guarda de no exagerar en su juego por lo que propone una especie de anticlimax jocoso a la dolorosa escena que hemos transcrito. Así pues continúa indicando que

[...] no obstante por no perderlo todo, me vuelvo a la cuadra que hallo llena de gente, procuro divertirme y alegrarme con todos; les cuento mil cosas de por acá, téngolos embobados con mis cuentos, cuando no hallo más que contar miento a mi gusto; entretanto les como sus pollos, su charquicán y sus cajitas de dulce y también los bizcochuleos y ollitas de Clara y de Rosita” (*Antología*, 1960, 47).

Esta escena en que se nos muestra como una especie de moderno Marco Polo, cazurro y pícaro, hace bajar la tensión anterior y pone de manifiesto su voluntad de afrontar la adversidad e ir “entre pena y pena sonriendo”.

La evocación de los suyos, la memoria y el viaje imaginario lo fortalecen, y así lo explica al final del largo párrafo de su carta donde cuenta su excursión a Chile y hace explícita su naturaleza. Escribe: “y habiendo llenado bien mi barriga para otros veinte años, me vuelvo a mi destierro por el mismo camino y con la misma facilidad”, es decir, con la imaginación y el ensueño, añadiendo finalmente “más antes de embarcarme en Valparaíso, despierto y me hallo en mi cama” (*Antología*, 1960, 47).

Lo que deseo destacar como rasgo distintivo de un utopista es la fuerte conciencia de la realidad que tiene el padre Lacunza, que en esos años estaba ya muy avanzado en su trabajo de interpretación de los textos proféticos y viajaba continuamente al mundo de la escatología para volver al de su propia época. Lacunza no era un alienado sino que, por el contrario, tenía un acendrado sentido de la realidad que lo llevaba justamente a tomar distancias, a jugar con las ironías y a desenmascarar con agudeza los defectos del mundo presentando un mundo mejor, al modo de casi todos los utopistas. La capacidad de ensoñación no es una forma de escapismo sino un modo de encontrar consuelo en la desventura y de reflexionar sobre el *sentido último* de lo que en ciertos momentos se presenta como sin sentido.

El exiliado de Imola comenta así a su abuela su fantasía de viaje:

Con este viaje alegre y triste correspondo fielmente a los sueños que Ud. me dice que tiene muchas veces buscando a sus nietos allí enfrente, hablando con ellos, regalándolos con todo cuanto halla en la casa, etc., y también correspondo a los sueños de la Rosita y a sus pinturas y a sus buenos deseos (*Antología*, 1960, 47).

Se trata, pues, de un recurso para afrontar la pena, de un refugio generado por la imaginación para capear la adversidad, enfrentándola desde otra perspectiva, sin negar su realidad pero dimensionándola en una escala diferente.

4. Como discípulo de San Ignacio, Lacunza cree en el poder de la imaginación para encontrar un sentido profundo y vívido a las verdades de la fe. A ese propósito dedicará los largos casi treinta años de exilio en Italia, con la Compañía de Jesús suprimida, estudiando las Sagradas Escrituras, donde cree encontrar cifrada la información sobre su propia época, y escribiendo a los suyos, entregando consuelo y tranquilidad. En efecto escribe Lacunza: “[...] espero en la bondad de Nuestro Señor que todos nos veremos algún día, y nos alegraremos en verdad y nos reiremos a gusto de todo cuanto hemos visto y sufrido en este valle de lágrimas, y también nos reiremos de nosotros mismos y de nuestro modo de pensar”, finalizando el párrafo con una sentencia clarificadora: “Dios es muy grande y nosotros la misma pequeñez” (*Antología*, 1960, 47).

En esta misma carta da cuenta que “Por acá todo está quieto respecto de nosotros. Todos nos miran como un árbol perfectamente seco e incapaz de revivir o como un cuerpo muerto y sepultado en el olvido: casi todas las Cortes nos son contrarias, unas por un motivo, otras por otro y otras por ninguno” (“Cartas” 47). Añade que “entre tanto nos vamos acabando. De 352 que salimos de Chile, apenas queda la mitad, y de estos los más están enfermos, o mancones que apenas pueden servir para caballos yerbateros” (*Antología*, 1960, 47).

La nostalgia por la familia ya no religiosa sino carnal se hace evidente en la “Carta que envía desde Bolonia”, el 15 de mayo de 1791. También en esta carta encontramos la presencia de la muerte y el peso de la conciencia de la lejanía como una condena para el exiliado. “Amada tía y hermana Mercedes: la triste noticia que me das de la muerte de nuestra venerable mamá Rafaela ya yo la esperaba por momentos, pues un mes antes había recibido una carta suya de letra no suya, en que se despedía de mi diciéndome el estado en que se hallaba y pidiendo sufragios y oraciones de sus hermanos” (“Carta... Bolonia” 216), escribe el jesuita exiliado. Luego comenta los efectos que esa carta tuvo en su vida italiana: “Con esta carta yo anduve de casa en casa y mucho más después de que recibí la tuya y en todos he hallado un verdadero afecto de caridad y de agradecimiento, reconociendo todos la obligación que tenemos a toda la familia de don Manuel Díaz y doña Rafaela Durán” (216), agregando con cierto orgullo que “así he conseguido muchísimas misas y oraciones de todos, aun de los coadjutores; sus nietos quedamos perpetuos capellanes suyos y de todos nuestros



difuntos sin olvidarnos de los vivos” (216). El párrafo de la carta termina con esta expresión de deseo: “Dios nos junte algún día a todos sin que falte ninguno, en parte donde no haya que temer ni muerte ni separación” (216).

La monotonía y la tristeza del exilio se expresan en esa misma carta: “[P]or acá no hay novedad alguna que nos interese; lo que toca a nosotros está como siempre y nos vamos muriendo en silencio, y en paciencia debajo de la luz. ¿Y qué más queremos?” (216), retomando argumentos expresados en cartas precedentes.

De hecho, ya en la primera de estas cartas conservadas, escrita en Ímola el 7 de diciembre de 1779, el exiliado escribe “pocos días ha que hallé una carta de mi madre en la tienda de un mercader que me dijo la había traído un pariente suyo de Génova; pero ya tenía de fecha cerca de un año, porque es de 2 de enero y ahora estamos en Diciembre” (“Carta... Ímola”), reflexionando luego sobre su destino de exiliado: “por donde vengo a entrar en alguna sospecha que debemos estar muy apartados, y que sin duda Nuestro Señor ha puesto mucha tierra y mucha agua entre Ud. Y su hijo”. Lacunza busca dar sentido a esta experiencia en esa misma carta pues añade que

Yo le alabo mucho por esto, no solamente porque sé que debo alabarlo por todo, aunque me azote y me mate, sino porque ya voy oliendo y muy de cerca que no lo ha hecho de balde, ni por solo por castigarnos o afligirnos, que esto no conviene a la bondad de su divino corazón: ni solo porque yo viniese a ver Italia y a comer el pan de los pobres italianos, y estarme ocioso sin hacer nada de provecho: ni tampoco, etc. Pues ¿para que lo ha hecho? Si ni Ud. ni Madalena ni las juntas lo conocen esto por el olor. ¿Qué les tengo yo que decir? ¿Les diré que han perdido el olfato con la vejez? Eso no. Pues no hallo otra cosa que decirles sino que yo lo huelo y bien olido.

Así, Lacunza nos da alguna pista sobre el trabajo de búsqueda de sentido a los acontecimientos del presente a luz de las escrituras, que será su principal empeño por el resto de su vida.

Como tantos exiliados, Lacunza se atormenta con las consideraciones sobre los orígenes de su castigo e infortunio, compartiendo esas reflexiones con quienes están tan lejos, a casi un año de distancia. De hecho, escribe buscando tranquilizar a sus parientes diciendo: “Yo quedo con buena salud, gracias a Dios. Las tercianas no han vuelto más, deben de poder mucho con nuestro Señor las oraciones de la Madalena, al fin como de persona que está en cruz y que la ha llevado muy buena lo mas de su vida” (“Carta... Ímola”), para luego explicar cómo se adapta al territorio donde vive su extrañamiento:

Prosigo en mi soledad y cada día con más contento: harto siento haberla interrumpido algunas veces por curiosidad vana de ir a ver Venecia o a Roma u otras ciudades, de donde no he sacado otro fruto sino la pérdida de tiempo

y la distracción: tres años y medio ha que no me muevo y espero cumplir mi propósito de no moverme más si no me lo manda quien lo puede hacer [...]

mostrando la tendencia que mantendrá hasta su muerte ocurrida en Ímola en 1801.

En esta carta, escrita nueve años antes de la del “viaje imaginario” a Chile, el expatriado Lacunza no solo busca sentido y consuelo, sino también las condiciones para adaptarse al nuevo escenario italiano, separado de los demás jesuitas y con la Compañía de Jesús suprimida, de manera que busca transmitir tranquilidad a sus seres queridos: “De aquí se sigue que estándome quieto y en la manera de vida que tengo muy a mi gusto con mi buen mulato, necesito poquísimo para molestarme” (“Carta... Ímola”). La preocupación por tranquilizar a su madre aparece también en esta carta cuando escribe: “por consiguiente que mi buena madre debe dejar ya toda solicitud y cuidado en este punto, no solo para no enviarme nada, aunque le sobrara, sino para pensar ya en estas cosas, y esto se lo vuelvo a encargar con toda seriedad” sintiendo como próxima a la madre lejana aunque con conciencia de que es posible no volver a verla. Por ello termina esa carta escribiendo que “Nuestro Señor me la guarde muchos años, y si no quiere que la vea más en este mundo, me conceda verla despacio en su reino eterno con todas las personas que componen nuestra pobre familia. Amén”<sup>3</sup>. Luego de este saludo final Lacunza agrega noticias de los que han muerto en el exilio, dando esta lúgubre contabilidad que será retomada en la carta de 1788 cuando dice que han fallecido la mitad de los que salieron de Chile. Es el tono del exilio y sus contradicciones, de los deseos de adaptarse y la nostalgia de la pérdida y la conciencia de que “ni toda la tierra entera será un poco de mi tierra”, como cantará Isabel Parra frente al otro gran exilio masivo de los chilenos luego del golpe de Estado de 1973.

5. Sin embargo, Lacunza no siempre vio las cosas de este modo. Su relativa tranquilidad ante los acontecimientos de su época se explica a razón de su adhesión a las doctrinas milenaristas que había descubierto en el estudio de las Sagradas Escrituras y en el cultivo de las enseñanzas de los Padres de la Iglesia, en especial los de los primeros siglos, que manifestaban un decidido convencimiento acerca de las segunda venida de Cristo a la tierra para establecer su reino por un periodo de mil años. El jesuita chileno se sintió fascinado por el descubrimiento de estas doctrinas milenaristas, que desde la época de San Agustín habían quedado relegadas en alguna forma al mundo de los marginales y los desesperados y, haciéndose eco de una tendencia a la vuelta a los orígenes, que se manifiesta con fuerza en el catolicismo del siglo XVIII, se decide a organizar su lectura de las claves proféticas contenidas en

---

<sup>3</sup> Todas las referencias a la carta del 7 de diciembre de 1779 en Espejo: 209-211.



las Sagradas Escrituras de un modo nuevo, enraizado en el mundo de los primeros cuatro siglos de la era cristiana<sup>4</sup>.

Lo subrayo. Manuel Lacunza estudia y escribe para comprender un presente infausto y para lograr consuelo frente a las desgracias iniciadas para él y otros jesuitas con el exilio originado por la decisión de Carlos III de expulsar a los religiosos de la orden ignaciana de sus dominios en 1767. Se trata de una experiencia traumática que vive un grupo particular de personas que han gozado, hasta el momento de la expulsión, de reconocimiento y aprecio de su comunidad y que, de manera inesperada, son movilizadas por la fuerza, desarraigadas con la violencia de la extirpación y con el duro lenguaje de la expulsión, recibiendo así una altísima sanción ante una falta considerada de extrema gravedad por quien establece la sanción. Sin embargo, las razones de esta medida extrema nunca fueron aclaradas, permaneciendo en el “real pecho” de Carlos III, lo que hizo aún más amarga la experiencia de la expulsión y el exilio, al tener tan débil fundamento. De hecho, la expulsión de los jesuitas en 1767 se ha convertido en tópico recurrente en los estudios sobre el siglo XVIII, lo que ha generado un largo, y a veces intenso, debate historiográfico, y con ello una extensa bibliografía<sup>5</sup>. En las dimensiones locales, en lo referente a Chile, se está configurando el escenario del primer exilio masivo chileno que precede en casi doscientos años al segundo episodio de este tipo de viaje forzado y traumático. Considerando las razones que llevan al rey de España a tomar esta decisión de expulsión hay que tener presente que no se trata solo de razonamientos pragmáticos y cálculos económicos, como se ha sostenido largamente, sino del intento de dar una lección a los jesuitas, a quienes se considera responsables, conscientes y preparados para comprender el sentido del poder real y sus alcances. No es un grupo de víctimas del poder coercitivo de las autoridades o de los poderosos *de facto*, sino de un acto punitivo y ejemplarizador orientado a consolidar las lógicas de poder de las monarquías europeas y sus dominios. Es un acto político en los tiempos de inicios de la crisis del absolutismo. Es una decisión análoga a la excomunión, en cuanto sanción máxima que saca de una comunidad a quien se considera peligroso para la vida de ella<sup>6</sup>.

---

<sup>4</sup> Sobre el tema de la atracción del cristianismo primitivo entre sectores del catolicismo europeo del siglo XVIII, véase Rolle, Claudio. *Utopia e riforma nell'epoca di Benedetto XIV*, Tesis de Dottorato di Stato, Università degli Studi di Pisa, Pisa 1993 y la bibliografía allí citada.

<sup>5</sup> Véase Andrés Gallego, José. *Tres grandes cuestiones de la historia de Iberoamérica*. Madrid: Fundación Mapfre-Tavera/ Fundación Ignacio Larramendi, 2005.

<sup>6</sup> Quizás se puede establecer una conexión con la esclavitud indígena en cuanto esta se legitima como una forma de castigo de la rebeldía; a la deportación, que es de suyo un acto de violencia, se añade el carácter punitivo de esa acción, como ocurre con los religiosos de la Compañía de Jesús.

Es tal vez una expresión de lucha ideológica, del gran combate que en el plano de la cultura se dará durante siglos entre las concepciones pre modernas y las de la modernidad racionalista que alcanza durante el siglo XVIII un vigor extraordinario, continuando el impulso de los procesos que en su momento Paul Hazard designó como “la crisis de la conciencia europea”. El contraste era enorme, pues es desde esa lógica que fue entendido por los sujetos que protagonizan esta formidable manifestación de castigo frente a lo que fue visto por la monarquía borbónica como expresión de desacato y de cuestionamiento de un modo de proceder racionalista y modernizante.

La intencionalidad punitiva de las acciones emprendidas por Carlos III y sus ministros era no solo eficaz en los hechos, esto es, en desplazar un grupo considerable de personas influyentes desde sus espacios de acción, desvertebrando en varios casos comunidades e instituciones y considerando esto como el precio necesario a pagar por los logros del progreso, sino también en el plano discursivo y en la dialéctica de la época, pues viene a subrayar el predominio de la visión ilustrada del mundo que desplaza a la visión heredera del orbe católico tridentino. Los jesuitas expulsos serán quizá el primer grupo de exiliados de esta América, resultando de este modo la vanguardia de muchos otros grupos que vivirán esta dolorosa experiencia a lo largo de los siglos XIX y XX. No solo es significativa la cantidad de hombres que dejan los dominios del rey de España sino también, y quizás sobre todo, la calidad de la diáspora. En efecto, la merma de las personas más preparadas intelectualmente, en muchos sentidos muy eficientes en actividades económicas y productivas, y de importante incidencia en la conformación de una imagen del mundo a través de su acción como religiosos y educadores, se dejará sentir en diversos lugares y en especial en América. Varios de ellos tendrán luego en Europa, participación en los debates sobre la supuesta inferioridad del Nuevo Mundo en relación al Viejo enfrentándose a celebres autores europeos como Buffon o De Pauw, dando testimonio de los sentimientos patrióticos que medraron entre los exiliados americanos que se transforman y mutan con la condición del exilio. En ese sentido, los expulsos crearon una cultura filtrada por los “logros del exiliado”, entre los cuales se pueden contar las formas de inserción y adaptación al medio italiano, ya estudiado por Miguel Batllori<sup>7</sup>, como también por la “pérdida” de la patria lejana que admite comprender la vida y la literatura de los jesuitas como prácticas “extraterritoriales”, según la expresión propuesta por Steiner, que plantean la posibilidad de existencia de un sentimiento colectivo más que individual, consolidado en el destierro y la añoranza de una patria común.

---

<sup>7</sup> Véase Batllori, Miguel. *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos: españoles hispanoamericanos, filipinos. 1767-1814*. Madrid: Gredos, 1966.

## 6. Edward W. Said ha escrito que

[...] el exilio es algo curiosamente cautivador sobre lo que pensar, pero terrible de experimentar. Es la grieta imposible de cicatrizar impuesta entre un ser humano y su lugar natal, entre el yo y su verdadero hogar: nunca se puede superar su esencial tristeza [...] los logros del exiliado están minados siempre por la pérdida de algo que ha quedado atrás para siempre (179).

La vida y los escritos de Manuel Lacunza confirman los juicios de Said, como se puede apreciar a través de las cartas ya citadas y considerando su obra mayor, la escritura de *La venida del Mesías en gloria y majestad*.

La reflexión de Said continúa indicando que “con independencia de lo que la fortuna les depare, los exiliados son siempre excéntricos que *sienten* su diferencia (aun cuando la exploten con frecuencia) como una especie de orfandad” (189) puesto que “el exilio se basa en la existencia de, el amor hacia y los vínculos con la tierra natal de uno” (194).

Nunca pudo conformarse Lacunza de la pérdida de su patria e hizo saber siempre su deseo de retornar a Chile, una vez que las autoridades de la monarquía española permitieron el regreso de los antiguos jesuitas. No resultó posible para Lacunza, que murió en junio de 1801, al caer de manera accidental al riachuelo que pasa por Ímola, quedando para siempre esa herida sin cerrar.

Siete años antes de su muerte, Lacunza escribió a su hermana Mercedes, el 19 de mayo de 1794, una emotiva carta en la que se ocupa de aspectos muy prácticos y también expresa algunas de sus más intensas reflexiones sobre las desgracias y el exilio. En ella escribe Lacunza:

[T]us dos sobrinos y hermanos sentimos infinito tus trabajos y nos consolamos, por otra parte, de ver que Nuestro Señor te trata como a hermana nuestra. ¿Qué querías? ¿Tus hermanos han sido arrojados de sus casas a tierras extrañas y tú quedarte en tu casa con todas tus conveniencias? ¿Tus hermanos deshonorados, injuriados, calumniados de todas las maneras posibles, y tú sin beber alguna gota de este cáliz amarguísimo? Piénsalo bien y verás que debe ser así según la promesa de Nuestro Señor Jesucristo que dice a todos sus siervos y siervas: *Si a mí me persiguieron también os perseguirán a vosotros*. Oh! Palabras llenas de consolación (“Carta... 1794” 216).

De esta forma se enfrenta el exilio y el dolor de esa patria añorada estableciendo este vínculo espiritual con los que están en Chile, compartiendo el dolor de la pérdida. Lacunza propone: “Este es el camino real para el Reino de Dios. Sigamos este camino hasta la muerte y nos reiremos después eternamente de todo cuanto nos ha pasado por acá: más sigamos dicho camino en justicia, en moderación, en paciencia, en caridad” (216), mostrando un modo edificante de leer las desgracias.

La carta termina, en un tono emotivo y familiar, con una despedida que hace recordar aquella donde realiza el viaje imaginario. “Saludo con todo el afecto de mi corazón a toda mi casa y familia y a cada persona en particular. A todos y a todas los tengo muy presentes en mis pobres oraciones y en el sacrificio de la misa y por eso me notan aquí de que mi misa es más larga de lo ordinario, aunque jamás pasa de la media hora” (216). Luego precisa: “Saluda en particular a Clara y Rosita y mucho más a mi condiscípulo y amigo Juan de Santa Cruz a quien considero tan viejo como yo, aunque infinitamente más gordo que yo, como que está en mejor potrero” (216). Así con la nostalgia de quienes dan vida al paisaje humano de ese anhelado “mejor potrero” dejado veintisiete años antes, en ese viaje indeseado e ineludible, Manuel Lacunza Díaz escribe: “Solamente saben lo que es Chile los que lo han perdido: no hay por acá el menor compensativo: y esta es la pura verdad” (216).

7. Quizá puede ser válido para Lacunza sostener que “escribir es un incendio que abrasa un sin número de ideas e inflama las asociaciones de imágenes antes de reducirlas a crepitantes ascuas y a una lluvia de cenizas” (Cendrars 13). El texto es de un escritor que vivió una vida en algún sentido antípoda a la de nuestro jesuita, una vida aventurera, un amante de la vida peligrosa, que viajó por recónditas regiones y se mostró como uno de los más intensos vitalistas de la literatura del siglo XX. Sin embargo, hay una proximidad entre el jesuita nacido en el Chile del siglo XVIII y el escritor viajero y veterano de las dos guerras mundiales que fue Blaise Cendrars: ambos amaron con intensidad la vida y vivieron la experiencia del viaje de un modo profundo, vinculando la vida propia a la experiencia de la escritura. Sin embargo, mientras Cendrars viajó por varios continentes, combatió en muchas batallas y conoció directamente muchos mundos, Lacunza realizó solo un gran viaje en su vida, un viaje amargo, pues fue el camino del destierro que lo llevó de Chile a Italia. Pero hay otra dimensión de viajes y aventuras en la que Lacunza fue un notable pasajero: en el mundo de las Sagradas Escrituras, en el territorio de las profecías, en el relieve de la escatología cristiana, el padre Lacunza se transforma en un viajero ejemplar y en un “vitalista” de fuste.

Cendrars continúa diciendo: “pero si las llamas provocan la alarma, la espontaneidad del fuego continúa en el misterio. Porque escribir es quemarse vivo, pero es también renacer de las propias cenizas” (13). Lacunza podía dar testimonio de esta aseveración de Cendrars, escrita casi ciento cincuenta años después de su muerte, puesto que había vivido los dramáticos tiempos de la crisis de fines del siglo XVIII, sintiéndose impelido a escribir, especialmente a escribir sobre temas con aspectos oscuros, como son las profecías de las Sagradas Escrituras y la escatología cristiana. La espontaneidad de su celo terminó por devorarlo y convertirlo en una figura extraña, apartada del mundo, algo taciturno, calcinado por la potencia de las imágenes y de las revelaciones que fue descubriendo en los textos sagrados, en los Padres de la Iglesia y en los estudiosos y teólogos de épocas diversas. Se fue quemando vivo paulatinamente mientras escribía

*La venida del Mesías en gloria y majestad*, y al terminar su obra renació de las cenizas, a través de ese manuscrito que se echó a volar tempranamente, suscitando polémicas, adhesiones y rechazos, fervorosos entusiasmos y ácidas censuras.

## BIBLIOGRAFÍA

Cendrars, Blaise. *El hombre fulminado*, Barcelona: Argos Vergara, 1980.

Espejo, Juan Luis. “Cartas del Padre Lacunza”. *Revista Chilena de Historia y Geografía* 13.I (1914): 212-219.

Lacunza, Manuel. “Carta del 19 de mayo de 1794”. En Espejo, Juan Luis. “Cartas del Padre Lacunza”. *Revista Chilena de Historia y Geografía* 13.I (1914): 212-219. 219.

-----, “Carta del 9 de octubre de 1788”. En *Antología para el Sequicentenario (1810-1960)*. Comp. Juan Uribe Echevarría. Santiago: Ediciones Anales Universidad de Chile, 1960. 47-49.

-----, “Carta del 15 de mayo de 1791, Bolonia”. En Espejo, Juan Luis. “Cartas del Padre Lacunza”. *Revista Chilena de Historia y Geografía* 13.I (1914): 212-219. 216.

-----, “Carta del 7 de diciembre de 1779, Ímola”. En Espejo, Juan Luis. “Cartas del Padre Lacunza”. *Revista Chilena de Historia y Geografía* 13.I (1914): 212-219.

Laborit, Henri. *Elogio della fuga*. Milán: Arnoldo Mondadori Editore, 1982.

Prokosch, Frederic. *Los asiáticos*. Madrid: Alianza Editorial, 1987.

Said, Edward. *Reflexiones sobre el exilio*. Madrid: Random House Mondadori, 2005.





Retrato de Lacunza según la edición de Londres, 1826.



LA  
**Venida del Mesias**

EN  
GLORIA Y MAGESTAD.

---

OBSERVACIONES

DE  
JUAN JOSAPHAT BEN-EZRA,  
HEBRÉO CRISTIANO:  
DIRIGIDAS  
AL SACERDOTE CRISTÓFILO.

---

EN QUATRO TOMOS.

TOMO I.

---

SE DEDICAN  
AL MESÍAS JESU CRISTO, HIJO DE DIOS, HIJO DE LA SANTÍSIMA  
VIRGEN MARÍA, HIJO DE DAVID, HIJO DE ABRAHAM.

---

**Londres:**

EN LA IMPRENTA DE CARLOS WOOD,  
CALLEJON DE POPPIN, CALLE DE FLEET.  
1816.

Portada de la edición publicada en Londres en 1816.